

COMUNICACIÓN, CULTURA, ESTUDIOS CULTURALES...
LA (IN)DEFINICIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO DE LA COMUNICACIÓN
Y DE SU ESTATUTO (IN/INTER/MULTI/TRANS/POST) DISCIPLINARIO

Nicolás Sarale

Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)

saralegn@yahoo.com.ar

Resumen

El objetivo de este trabajo es poner en tensión las concepciones hegemónicas acerca del estatuto epistemológico de la comunicación y del objeto del cual se ocuparía esta. En ese sentido, se presentan las posiciones dominantes respecto del tema al interior del campo académico latinoamericano y se confrontan con las posturas críticas que realiza de la cuestión el epistemólogo Roberto Follari.

Palabras clave: disciplina, objeto teórico, campo académico, comunicación, cultura.

Venimos de un obstinado fracaso: definir la comunicación. En consecuencia, siempre resulta problemático establecer el campo específico en donde se incluyen los hechos que nos proponemos analizar. Por supuesto que existen definiciones. Pero normalmente deben acudir a generalidades tan vastas que abarcan el universo de lo posible: todo es comunicación.

Héctor Schmucler

Nos proponemos en este trabajo exponer el debate relativo a ciertas indefiniciones epistemológicas características del campo de la comunicación, en cuanto al objeto científico y el estatuto disciplinar, el cual se resuelve la más de las veces mediante la recurrencia a la naturalizada respuesta de su condición de transdisciplina, cuestión que es vista además por muchos como hecho positivo.

No decimos nada nuevo al enunciar que el campo académico de la comunicación se caracteriza por su indeterminación y su complejidad en cuanto a la definición de su objeto teórico propio y a su constitución disciplinaria. Estas dificultades para algunos tienen que ver, tanto con lo polisémico del término comunicación, como por su triple dimensión en tanto “proceso, disciplina y profesión”. Respecto a lo primero, el brasileño Luiz C. Martino advierte que “el primer desafío que enfrenta quien se aventura por el campo de la comunicación es el problema de su definición. Este se caracteriza por su polisemia. Es decir, la comunicación se dice de las cosas, del pensamiento de las cosas y de lo que no son cosas ni pensamientos. Es evidente que tal extensión y diversidad no pueden caracterizar el campo de estudio de una sola disciplina. La carga semántica del término, tal como se encuentra en uso por el sentido común y en otras áreas del conocimiento, incluye un número demasiado grande de acepciones lo que prácticamente hace inviable cualquier tipo de estudio que se sirva del término comunicación sin antes proceder a un análisis crítico” (1).

En cuanto a lo segundo, Guillermo Orozco Gómez habla de una triple dimensión de la comunicación entendida como “proceso humano fundamental, como *disciplina* de conocimiento y disciplina –en– práctica o *profesión*” (2). O sea, primero, la comunicación refiere a diversos aspectos de la realidad: es un fenómeno que nos constituye como humanos, una práctica que nos diferencia como tales de otras especies, y a la vez es constitutivo de lo social, ya que sin ella no existiría la sociedad, por lo tanto, no puede reducirse sólo a ciertos aspectos como lo son las tecnologías para o de comunicación. Segundo, ese fenómeno es aprehensible y teorizable, lo que lo convierte en un objeto de estudio, de reflexión, de análisis, y deviene por tanto en una disciplina o práctica para su investigación. Y tercero, es una práctica profesional para quienes se dedican en ciertos ámbitos, como los medios de comunicación, a producir mensajes con el fin de informar, entretener, opinar, generar debates, difundir, publicitar, poner temas en agenda considerados socialmente relevantes; o para quienes elaboran estrategias dentro de empresas o instituciones con el fin de difundir lo que allí se realiza, mejorar las relaciones entre aquellos que trabajan en ellas, etc.

Esta indefinición ha llevado a nombrar de diversos modos, en diversas etapas y contextos histórico-sociales, a los estudios de la comunicación y a sus carreras profesionales. De este modo, los distintos espacios institucionales de enseñanza e investigación fueron bautizados, de acuerdo a las concepciones político-epistemológicas de cada tiempo y lugar y una vez superada la etapa de formación periodística, de distintas maneras: como Ciencias de la Información, atadas al intento de formalización tecnocrática con que llega hasta nosotros el desarrollo de la cibernética; como Comunicación Social, recipiendaria de los impactos acumulados de

la sociología de la dependencia, de las nociones críticas sobre la industria cultural, de la brusca inclusión de los sectores populares como actores posibles del drama comunicacional y de los primeros contactos fecundos con el instrumental semiológico para el análisis de este drama; y como Ciencias de la Comunicación, tendencialmente vinculada a esa nueva apertura problemática que sucede al agotamiento de los grandes paradigmas omnicomprensivos y que despliega la diversidad de sus objetos posibles como dato irremisible de su propia constitución provisional, al tiempo que regresa a las prácticas específicas a buscar nuevas claridades (3).

Estas características hacen al debate acerca del estatuto científico de la comunicación, esto es determinar cuál es el objeto del que se ocuparían las llamadas “ciencias de la comunicación” o los “comunicólogos”, y si existe la posibilidad de que la comunicación constituya un saber específico o se trata sólo de un campo atravesado por saberes diversos. Raúl Fuentes Navarro sostiene que: “El estatuto disciplinario de los estudios sobre la comunicación es, quizá, el tema crucial de debate sobre el pasado, el presente y, sobre todo el futuro de nuestro campo académico. En él confluyen los múltiples y complejos factores históricos que determinan su institucionalización, tanto en el plano *cognoscitivo* (saberes teórico-metodológicos) como en el *social* (haceres institucionalizados)” (4).

El problema del objeto

Roberto Follari ha explicado las determinantes históricas que diferencian a la comunicación de otras disciplinas, cuyos objetos están claramente delimitados. Dice que, a diferencia de disciplinas como la sociología, “prioritariamente académica y se constituyó, al igual que la física, desde la investigación teórica y empírica, y luego desde su enseñanza universitaria sistemática se convirtieron en profesiones” (5), la comunicación “ha surgido... desde lo profesional hacia lo académico y no a la inversa. [...] el recorte inicial del objeto se ha realizado desde lo profesional. Se ha tratado de ver qué es lo que debe hacer un comunicador, y luego de determinar cuáles son los saberes sistemáticos que vienen a cuento en relación a esos quehaceres. No se ha tratado del dibujo inicial de un ‘objeto teórico’ en el sentido diseñado por Bourdieu a partir de Bachelard; el recorte viene desde un ‘objeto de intervención’ –como se lo llama en Trabajo Social-, es decir, desde un espacio de acciones que se entiende como propias de una profesión”. Esto significa que, “el recorte realizado... no proviene de una distinción interna al campo científico, sino de una puesta de la ciencia al servicio de una serie de quehaceres predeterminados” (6). Es decir, la comunicología aborda un “objeto empírico” propio pero lo hace desde los “objetos teóricos” propios de disciplinas diversas, por lo cual “no hay ‘autonomía’ de este campo disciplinar, pues su objeto no surge desde la peculiaridad de constitución de un nuevo campo teórico, sino desde la directa necesidad social de explicarse un espacio concreto de funcionamiento de ámbitos de lo real” (7).

Esto traería como consecuencia “problemas para privilegiar lo conceptual por sobre lo descriptivo de un objeto que aparece con todas las apariencias de lo natural y lo obvio, de lo no-mediado por la teoría. Pero además si este “objeto real” puede ser confrontado desde diferentes “objetos teóricos” no habría Comunicología, sino “ciencias de la comunicación”, ciencias existentes previamente que son aplicadas al objeto real “hechos de Comunicación” (8). Esto lleva entonces, al ser las diferentes disciplinas o más bien sus teorías inconmensurables entre sí, a una imposible univocidad epistémica, no obstante la cual, a su juicio, no impide un margen de comprensión –por parte del mismo sujeto– de los diferentes puntos de vista (9).

Follari se pregunta entonces, cuáles son los hechos a los que debe dedicarse la investigación en comunicación o cuál es el recorte de ese “objeto real”. Para él, cualquier recorte implica una operación arbitraria, pero advierte que su no-realización es todavía peor: hace creer que cualquier tema puede ser objeto de los estudios comunicológicos, lo cual resta a éstos la posibilidad de cualquier identidad precisable. En ese sentido, realiza una crítica a los “estudios culturales” a quienes acusa de habernos “acostumbrado a esta indeterminación, llevando a la confusión entre antropología urbana y comunicación, y a sostener la identidad pura y simple entre la comunicación y la cultura.” Y afirma que “la creencia de que la existencia de discursos de ciencias diversas en lo comunicológico se convierte en posibilidad por parte de estos últimos de estudiar cualquier objeto real muestra un serio problema de concepción, y lleva a los alumnos a ser formados como todólogos, es decir, especialistas en nada. [...] La idea de que todo significa, y que ello llevaría a considerar a todo objeto como objeto de los estudios en Comunicación, colabora a la indeterminación y la confusión en académicos y estudiantes, y al consiguiente desprestigio del campo ante otras de las disciplinas sociales” (10).

Si bien compartimos en parte este análisis, creemos que habría que diferenciar lo referente a la configuración e institucionalización de las carreras que se reconocen bajo alguno de los rótulos de “comunicación”, que tuvieron como fin la formación profesional para un “saber hacer”; de lo que fue la constitución de un campo, o subcampo, dedicado al estudio de la misma (11). No debemos olvidar que muchas teorías que abordan la comunicación nacieron con el objeto de estudiarla en relación con lo masivo y los efectos que los medios producían. Desde los años 20 las teorías conductistas, funcionalistas y las teorías críticas formaron parte de “el relato de diversas respuestas a una pregunta incesante: qué hace la ‘comunicación masiva’ en *el* mundo y *con* el mundo”

(12). El objeto se recortaba en “los medios y sus impactos en lo masivo” y era abordado desde distintas disciplinas: psicología, sociología, filosofía, luego se incorporaron la semiótica, la antropología, la economía y otras. En los 60 aparecerán los estudios culturales británicos, también no académicos, y los estudios de la comunicación cara a cara de Palo Alto, entre muchas. Tampoco podemos obviar, que gran parte de esos estudios surgieron mucho antes que las carreras de comunicación, incluso antes que las carreras de periodismo en América Latina. En el caso particular de nuestro continente las primeras investigaciones, o más bien los primeros ensayos teóricos acerca de la comunicación, desde una perspectiva propia fueron elaborados desde el cuestionamiento a la verticalidad de los discursos por parte de los medios masivos, a los que se acusaba de ser instrumentos de imperialismo cultural, todo esto en el marco de crítica a las teorías desarrollistas y a la estructura de la dependencia económica.

Por lo tanto, si bien primero se crearon las carreras de comunicación, los estudios de comunicación recién se institucionalizaron universitariamente en los años 80. Hasta ese momento la mayoría de la producción se realizaba por fuera de esos ámbitos y estaba más vinculada a las dinámicas políticas, relacionadas con los procesos de liberación nacional de los años 60 y 70, que con actividades científico-académicas. Recordemos como ejemplo las experiencias de Mattelart durante el gobierno popular de Salvador Allende en Chile, primero con la publicación de *Para leer al Pato Donald* junto a Ariel Dorfman, luego junto a Schmucler con la revista *Comunicación y Cultura*; también de las prácticas de educación y comunicación popular de Paulo Freire en las CEB (Comunidades Eclesiales de Base) en Brasil, o las propuestas de “políticas nacionales de comunicación” impulsadas por Luis Ramiro Beltrán. En los '80 se produce un doble desplazamiento en los estudios de la comunicación, además de que estos ingresan a las academias: las fronteras se desplazan y difuminan en el ámbito de la cultura, y el desvanecimiento del componente fuertemente político que los había caracterizado; el énfasis se pone en las preocupaciones metodológicas particularmente en lo referente a los estudios de recepción.

Comunicación y cultura, el desplazamiento de las fronteras y la disolución de lo político

Creemos interesante recuperar, o más bien retomar, las reflexiones de Héctor Schmucler a fin de historizar de alguna manera los sentidos que se le ha asignado al término comunicación, fundamentalmente instrumental y su propuesta para intentar definirla y estudiarla desde su dimensión ética y en relación con la cultura. Schmucler en su propuesta para un proyecto de comunicación/cultura decía allá por el año 1984 que: “El concepto comunicación... carga la culpa del racionalismo que intenta formular leyes únicas para explicar el funcionamiento de fenómenos plurales. La versión cibernética de retroalimentación está en el centro de esta corriente explicativa que totaliza su visión en la teoría de sistemas. Todo se comunica, quiere decir, estrictamente, que todo se autorregula, que todo tiende a un fin. [...] El estudio de la comunicación se convierte, con frecuencia, en el aprendizaje del uso de instrumentos o en la evaluación de las consecuencias del uso de determinadas tecnologías. Dicha razón tecnocrática encuentra su negación en la versión ontológica-moral de la comunicación, consagrada desde sus orígenes: comunicar es comulgar. Más allá de su connotación religiosa, la acción comunicativa es un hecho ético, es decir político, no instrumental” (13).

Para él, debíamos reiniciar el camino de los estudios de la comunicación a partir de asumir los problemas de la eticidad. Luego de revisar críticamente lo realizado desde 1973 con la revista *Comunicación y Cultura*, y reconocer “un obstinado fracaso” para definir la comunicación, va a proponer abandonar la concepción comunicacional desde los instrumentos ampliándola hacia la cultura. Su planteo consistía en abandonar la cópula y (de *comunicación y cultura*) reemplazándola por la barra (*comunicación/cultura*). Según él “la cópula al imponer la relación, afirma la lejanía”, en cambio en el caso de la barra, “genera una fusión tensa entre elementos distintos de un mismo campo semántico”, y con ella “se acepta la distinción, pero anuncia la imposibilidad de un tratamiento por separado”. Esta relación comunicación/cultura es considerada para él un “salto teórico” que lleva implícito “el peligro de desplazar fronteras.” Sin embargo, continúa diciendo que “de eso se trata: de establecer nuevos límites, de definir nuevos espacios de contacto nuevas síntesis. En vez de insistir en una especialización reductora se propone una complejidad que enriquezca. Nada tiene que ver esto con la interdisciplinariedad que, aún con las mejores intenciones, sólo consagra saberes puntuales. Se pretende lo contrario: hacer estallar los frágiles contornos de las disciplinas para que las jerarquías se disuelvan”. De este modo, la comunicación “debe dejar de ser un objeto constituido, para ser un objetivo a lograr. Desde la cultura... la comunicación tendrá sentido en la vida cotidiana”.

Pero, desde aquel “obstinado fracaso para definir la comunicación”, en lugar de su rescate desde la eticidad, como “hecho político”, y la necesidad de considerarla como parte y en tensión con la cultura, en 1996 el investigador argentino se encontraba frente a la “sensación de que un desanimado viento de obiedad y resignado conformismo” recorría el continente” (14). Se refería al abandono de lo político, que había caracterizado a la investigación latinoamericana, y de la criticidad, la celebración por el mercado y la posmodernidad, la hegemonía de los estudios de recepción que pregonaban el “poder y la soberanía del consumidor” frente a los mensajes de los medios masivos, capaz de elaborar estrategias para entrar y salir de la (pos)modernidad.

Reinaban los estudios culturales. Schmucler, recuerda que en el pasado, las investigaciones latinoamericanas en comunicación tenían un “sesgo particular” y en ellas “se entrecruzaban el logos y el drama” (15), no eran meras disquisiciones puramente teóricas, eran debates puestos en acción. “Un núcleo crítico –expresa- aprendió muy temprano que comunicación y cultura nombraban cosas semejantes. Este comprender la comunicación en el espacio de la cultura no relativizaba las fronteras: se apostaba por *otra* cultura que negaba aquella a la que se ponía en cuestión”. Es decir, habla de entender la comunicación como parte de una cultura negadora y superadora de “esta civilización que creía avanzar hacia algo y que parece lanzada a la destrucción, a la nada. Una civilización (no *la* civilización) mercantil, productivista, tecnocrática... que tiene horror al vacío que nos amenaza y que lo niega con hipótesis tranquilizantes. Civilización del optimismo resignado: ante lo inevitable no tiene sentido la resistencia porque esto inevitable es lo único posible, es la realización legítima de leyes inexorables. Aceptar y, en todo caso, adaptar. El posibilismo como filosofía de la sensatez” (16).

Hace apenas un par de años, retomando el tema, Schmucler ha expresado al respecto que, la voluntad de construir (o descubrir) desde múltiples espacios teóricos una ‘ciencia’ cuyo rigor legitimara la aceptabilidad académica de los estudios de comunicación parece abandonada. “El reiterado conflicto entre el concepto de comunicación y el de ‘manejo de la información’ –al que se refería anteriormente- ha quedado opacado. Predomina la preocupación por los variados usos de la expansión técnica y los multiplicados rostros que adquiere la búsqueda de desarrollo de las ‘industrias culturales’. Sin rubor, porque ha dejado de ofrecer resistencias, el vaporoso concepto de *cultura* ha ido reduciéndose y hoy conforma una región más de la producción industrial. (...) La comunicación, identificada con la industria de la cultura, ha ido ganando legítima centralidad por la riqueza material que promueve, en el mismo momento que parece renunciar al orgulloso destino de constituir una ciencia... como objeto de saber, parece resignada a un lugar subalterno para que otras disciplinas la utilicen como campo de experiencia... Pero esta apreciación puede evocar una modestia engañosa: tal vez la comunicación haya encontrado su lugar más adecuado, una verdadera posición imperial” (17).

En párrafos más abajo concluye su análisis de situación de los estudios de comunicación reafirmando el panorama de optimismo resignado: “Nada caracteriza mejor a este ‘largo presente’ que la resignada adaptación a lo dado, aunque haya persistido la lucidez de algunos espíritus críticos para quienes no se trata de eludir el conocimiento de la realidad sino que, justamente, se trata de tomar a esa realidad como objeto de la crítica. Mientras muchos investigadores y académicos descubrían la seductora idea de mercado como nuevo espacio para la comprensión del mundo, otros insistieron en imaginar un vivir sin otras ataduras que los principios de su conciencia. La verdad del mercado... liberó a algunos del fastidioso ejercicio de “denunciar” lo instituido. De ahí en más la globalización, forma actual de la expansión mundial del capitalismo, naturalizó su presencia. Nada exigía el cuestionamiento de su opaco dominio; se trataba de encontrar la mejor forma de incluirse en ella. Los pasos siguientes no fueron difíciles: descubrir el consumo como espacio de ciudadanía, optar por la armonía tranquilizante de la hibridez en lugar de la incomodidad del enfrentamiento, afirmar la soberanía del receptor en reemplazo de la lucha por la hegemonía... La suavidad de las mediaciones reemplazó a la molesta presencia de opuestas concepciones del mundo (...) El presente comenzó a definirse por lo que ya no era: postmoderno, posthistórico, posthumano, postpolítico” (18).

La transdisciplina como idea dominante en el campo de estudios de la comunicación

Volviendo al tema del estatuto disciplinar de la comunicación, llama la atención el consenso general que tiene dentro de este campo de estudios la idea de transdisciplinariedad y la escasa o nula problematización acerca de esta cuestión. Tal como lo afirmaba Sergio Caletti a principios de la década pasada “La postulación de un campo transdisciplinario en contraposición a la definición convencional de disciplina es actualmente una plataforma de discusión que cuenta con un creciente consenso en la comunidad académica de la comunicación”. Para él esta estrategia “de señalar un carácter «trans» antes que «multi» y que, por supuesto, «inter’», se confunde en ocasiones con una moda lingüística más. No obstante afirma que “lo que está en juego es ni más ni menos que la insinuación de la necesidad de construir otro patrón definicional de los problemas del conocimiento” (19).

Por su parte la venezolana Migdalia Pineda de Alcázar asegura que “los objetos de estudio de la comunicación se han construido desde miradas múltiples pero en sus primeras aproximaciones se mantuvieron parcelas y es en los últimos años, especialmente desde lo ochenta en adelante, que se busca integrar en una visión más interdisciplinaria con un sentido de mayor totalidad, para poder avanzar en la construcción de un pensamiento comunicacional transdisciplinario todavía no consolidado” (20).

Con relación a comunicación y estudios culturales Jesús Martín Barbero, “intelectual faro” para la academia latinoamericana, sostiene que: “Transdisciplinariedad en los estudios de comunicación no significa... la disolución de sus objetos en los de las disciplinas sociales sino la construcción de las articulaciones –mediaciones e intertextualidades– que hacen su especificidad. Esa que hoy ni la teoría de la información ni la semiótica, aun siendo disciplinas “fundantes”, pueden pretender ya. Como lo demuestran las puntas de investigación de estos últimos años en Europa y los Estados Unidos..., y que como en América Latina,

presentan una convergencia cada día mayor con los avances de los estudios culturales, que hacen posible la superación de la razón dualista que impedía pensar las relaciones y conflictos entre industrias culturales y culturas populares por fuera de los idealismos hipostasiadores de la diferencia como exterioridad o resistencia en sí. (...) La expansión e interpenetración de los estudios culturales y de la comunicación no es fortuita ni ocasional. Ello responde al lugar estratégico que la comunicación ocupa tanto en los procesos de reconversión cultural que requiere la nueva etapa de modernización de nuestros países, como en la crisis que la modernidad sufre en los países centrales. No es posible comprender el escenario actual de los estudios de comunicación, y aun menos trabajar en su prospectiva, sin pensar esa encrucijada” (21).

El mexicano Fuentes Navarro, por otro lado, ha argumentado: “Que el estudio de la comunicación en la sociedad tiene un origen *multidisciplinario*, es parte constitutiva, incuestionable, de cualquier acercamiento académico a este campo tan extensamente cultivado a partir de la segunda mitad del siglo XX, pero en el que la reflexión sobre las implicaciones –teóricas y prácticas- de esta condición parecen haber estado siempre, si acaso, en un segundo plano de importancia. La prioridad, a veces conscientemente pero en la mayor parte de las veces inconscientemente, ha estado puesta por los agentes académicos en el desarrollo de algunas de varias concepciones *instrumentales* de la comunicación, paradójicamente asociadas a una tendencia común hacia la *disciplinarización* de los estudios, es decir, a la construcción y ejercicio de sistemas de representaciones –teóricas y prácticas- de la comunicación, principalmente para la formación de los especialistas del campo, como una ‘realidad’ aislable de los factores socioculturales en función de los cuales se instrumentaliza” (22).

Este autor analiza que, si bien los estudios de comunicación nacieron a partir del abordaje de distintas y múltiples disciplinas, los principales referentes de los *mass communication research* o la comunicación difusionista, como Schramm, en su afán de institucionalizar sus estudios, tendieron a disciplinarizarla o disciplinarla limitando sus fronteras a una concepción instrumental ligada a la transmisión o difusión, esto es reducida a lo mediático y lo masivo. Luego a partir de las críticas que se generaron contra aquellas teorías y con el surgimiento de la perspectiva culturalista, de considerar la comunicación dentro de las prácticas culturales, se produce según la perspectiva barberiana un “estallido de las fronteras” y “la configuración de objetos móviles, nómadas, de contornos difusos, imposibles de encerrar en las mallas de un saber positivo y rígidamente parcelado” (23) A partir de esto propone, apoyado en la crítica a la compartimentación de las ciencias y el planteo de superación de la actual estructura de la disciplina de la Comisión Gulbenkian para la Reestructuración de las Ciencias Sociales presidida por Immanuel Wallerstein, que existe un “marco *postdisciplinario* emergente” bajo el cual repensar la comunicación (24).

En el mismo sentido la brasileña María I. Vassallo de Lopes habla de un “movimiento hacia la superación de los límites entre especialidades cerradas y jerarquizadas y el establecimiento de un campo de discurso y prácticas sociales, cuya legitimidad académica y social dependa cada vez más de la profundidad, extensión, pertinencia y solidez de las explicaciones que produzca, y no del prestigio institucional acumulado” (25). También Florencia Saintout editó hace unos años un libro, con la participación de diversos autores de la Universidad de La Plata, bajo el título *Abrir la comunicación* en clara alusión a las posiciones de Wallarstein (26). Muchos otros autores se han manifestado contra la disciplinarización del campo, como el caso del argentino Alejandro Grimson quien se expresa “contra una epistemología de la comunicación” y plantea que esta “tiene menos que ver con lo que han sido las disciplinas que con lo que serán los campos de convergencia en el futuro” (27).

Las críticas

Como vimos más arriba hay una aceptación generalizada o está prácticamente naturalizada dentro del campo académico de la comunicación la idea de su estatuto transdisciplinario y son escasos o nulos los cuestionamientos hacia ella, al menos desde los autores consagrados. Roberto Follari es uno de los pocos que, desde la epistemología, critica a la nueva oleada inter, trans o post disciplinaria dentro de las ciencias sociales y particularmente desde los estudios culturales que en cierto modo han hegemonizado las investigaciones en comunicación en las últimas décadas.

En primer lugar, Follari cuestiona que no existe la discusión epistemológica necesaria para hablar con seriedad de la cuestión interdisciplinar y los planteos pasan, según él, por una “retórica ‘antidisciplinar’ que da por sentado que sería naturalmente positivo superar las disciplinas en lo que tendrían de cerrazón y aislamiento... El lenguaje sobre lo interdisciplinar linda con el juego retórico puro...” (28). El problema parece anidar en que la interdisciplina aparece recurrentemente como una propuesta de la derecha ideológica proempresarial y que bajo la generosa amplitud de esa noción, y de las cercanas y entremezcladas con ella (transdisciplina, multidisciplina, etcétera) se cobijan posturas y proyectos diferentes, los cuales generalmente no son discriminados entre sí, por ello (29).

También recuerda que, este debate que pretende hacerse pasar por novedoso no lo es, que se ignora su auge inicial en los años setentas, y que esta nueva oleada de moda interdisciplinar se plantea en nombre de la transdisciplina. Es decir, no hay referencias a su historicidad. Hoy “se apela a ellas como si fueran intrínsecamente críticas y contrarias a lo establecido; ello, a pesar de la

evidencia de que los programas de reconversión tecnocrática de la empresa científica para servicio del gran capital..., las proponen enfáticamente como parte decisiva de su decisión de eliminar el orden teórico específico, para subordinarlo a la aplicación eficientista. Cualquier uso diferente de lo interdisciplinar debe tematizar su diferencia con esta postulación, no ignorarla. La sola apelación a superar lo disciplinar carece de todo rasgo intrínseco que fuera necesariamente crítico o liberador (30).

Pero ¿a qué se hace referencia cuando se habla de interdisciplina o transdisciplina? Es interesante la aclaración, debido a que en la mayor parte de la bibliografía donde se reivindica la condición transdisciplinar de la comunicación no hay explicitación acerca de lo que ello significa, y las explicaciones sólo se limitan a decir que se trata de algo abordado por diversas disciplinas. Pero, además de esto, según asevera Follari en la mayor parte de la bibliografía utilizada actualmente se usan significados de los términos invertidos a los que fueron predominantes en los debates pasados. Por “interdisciplina suele entenderse la interacción de disciplinas diferentes (a través de sus categorías, leyes, métodos, etc.), en el sentido de que las modalidades de una de ellas sirven al objeto de la otra, y son incorporadas por esta última (por ejemplo la noción de estructura tomada por Levi-Strauss desde la lingüística). Y por transdisciplina, en cambio, el tipo de interrelación que une orgánicamente aspectos de diversas disciplinas en relación con un objeto nuevo, no abarcado por ninguna de ellas” (31). ¿Qué no es interdisciplinariedad? No es el hecho de que elementos de una disciplina sirvan como “ciencia auxiliar” de otra. Tampoco el acercamiento que se da entre dos disciplinas muy cercanas entre sí, cuyos límites formales no pueden ser absolutos (ej. físico-química, bio-física). Se trata en cambio de la interrelación orgánica de los conceptos de diversas disciplinas hasta el punto de constituir una especie de “nueva unidad” que subsume en un nivel superior las aportaciones de cada una de las disciplinas particulares. “Un grupo interdisciplinario está compuesto por personas que han recibido una formación de diversos dominios del conocimiento (disciplinar), que tienen diferentes conceptos, métodos, datos y términos, y que se organizan en un esfuerzo común alrededor de un problema común, y donde existe una intercomunicación continua entre los participantes de las diversas disciplinas (32).

Por otro lado, este autor enfatiza también la “desproblematización acerca de los protocolos que justifiquen la mezcla interdisciplinar se advierte también en el supuesto... referido a que [el propio y personal discurso de un autor] opere como interdisciplinar... distorsión monumental, por la cual un solo académico podría razonablemente producir efectos de superación sobre el aporte de las disciplinas...”. Aquí sus dardos van dirigidos particularmente contra los principales autores de los estudios culturales, como Néstor García Canclini, que reivindican sus producciones como interdisciplinares. Para él, lo interdisciplinar se relaciona con el trabajo colectivo, y por ello nadie es personalmente interdisciplinar ni escribe interdisciplinariamente, ya que esta actividad supone el trabajo en conjunto de especialistas de distintas disciplinas en las cuales fueron formados y por lo que la conocen cabalmente. De otro modo, dice lo que tenemos, por ejemplo en el caso de los estudios culturales, son “larvadas hegemonías disciplinares, sosteniendo el discurso que supone ponerse por encima de tales hegemonías”. Esto supone entonces que la “transdisciplina” asume de hecho el privilegio de decir la supuesta verdad no sólo sobre un ámbito disciplinar, sino sobre otros de las ciencias sociales. Pero a la vez no permite asumir a estas últimas a fondo, porque en los hechos se está privilegiando... *un cierto punto de vista* sobre los otros posibles (33).

En este punto, podemos agregar que resulta peligrosa la similitud que estas posturas transdisciplinares de los estudios culturales tienen con la economía neoliberal, basada en los supuestos de la escuela neoclásica. Siguiendo los aportes de Rodolfo Ángel Vázquez (34), podemos decir que, la posición como disciplina económica en el contexto de las ciencias sociales, promueve una nueva forma de concebir al conocimiento social en sí mismo. En lugar de legitimar la autonomía metodológica de la economía como saber o de conformar una macro teoría social nutrida por los aportes de todas las ciencias humanas, construye una razón económica totalizadora, que se impone al negar la posibilidad de existencia científica de discursos como la sociología, la politología, la psicología profunda; reduciendo el campo de otros a meros instrumentos de sí misma. Se constituye así en un nuevo saber omniabarcador que en lugar de limitarse a la explicación de los procesos de producción y distribución de bienes y servicios y de la administración racional de recursos escasos, se asigna para sí la capacidad de convertirse en una teoría general del comportamiento y la elección humana.

Además en su crítica a los “estudios culturales” Follari ha cuestionado las posturas que plantean la *postdisciplinariedad* para el campo de estudios de la comunicación. Para él no se pueden traspasar las barreras disciplinarias si previamente esas barreras no fueron delimitadas, por lo cual propone especificar primero el objeto de la comunicología. Plantea que “la disciplinariedad no es un mal epistémico a exorcizar. La especificidad de las disciplinas no es una maldición que hubiera caído sobre el previo logro de un conocimiento unificado, sino el procedimiento analítico imprescindible para avanzar en el conocimiento científico. No habría ciencias, si estas no se hubieran especificado diferencialmente entre sí, terminando con la previa unidad metafísica del conocimiento. De manera que habrá que cuidarse de, bajo la idea de acercar las disciplinas en algún enriquecimiento potenciador, volver a situaciones ‘predisciplinarias’. Es decir, existe –si no se hace la discusión epistemológica necesaria– la posibilidad de estipular discursos ingenuos sobre la supuesta superación de las disciplinas, que en realidad no sean superación, sino simple

negación de su especificidad constitutiva” (35).

Sin dudas que el debate es mucho más extenso y merecería tener mayor presencia dentro de la agenda del campo de la comunicación. En todo caso lo que salta a la vista con dicha discusión es que la propia definición del objeto teórico de la comunicación y la delimitación de su especificidad forma parte de la lucha dentro del campo. Sabemos que existen campos como el de la sociología o de la ciencia política donde hay un cierto consenso entre sus miembros acerca de cuáles son los objetos de estudio de las mismas, y lo que estaría en juego hacia adentro de cada uno de ellos sería más bien la legitimación entre aquellas teorías o metodologías que de manera más rigurosa, acabada, etc. abordan tales objetos, y por lo tanto cuáles merecerían el estatus de la “cientificidad”. Pero en el caso de la comunicación, al no estar definido su objeto –al menos al no haber acuerdo en tal definición–, esta definición entra a formar parte de la lucha, a la lucha por cuáles disciplinas, teorías, metodologías, etc. serían las pertinentes para abordar su estudio. En tal sentido, recuperando las palabras de Schmucler, podemos reafirmar que el campo está dominado por aquellos que han renunciado al orgulloso destino de constituir una ciencia como objeto de saber, y la comunicación parece resignada a un lugar subalterno para que otras disciplinas la utilicen como campo de experiencia.

Notas

- (1) MARTINO, L. C. (2001): “Elementos para una epistemología de la comunicación” en VASALLO DE LOPES, M. Immacolata y FUENTES NAVARRO, Raúl (comps.) *Comunicación, campo y objeto de estudio*. Guadalajara, México, ITESO.
- (2) OROZCO GÓMEZ, Guillermo (1994): “Comunicadores hacia el año 2000: desafíos pedagógicos de su formación”.
- (3) CALETTI, Sergio (1991): “Profesiones, historia y taxonomías. Algunas discriminaciones necesarias”. En: *Revista Diálogos de la comunicación*, N° 31, septiembre de 1991. Lima: FELAFACS.
- (4) FUENTES NAVARRO, Raúl (1999): “La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI”. En: *Revista Diálogos de la comunicación*, N° 56, octubre de 1999. Lima FELAFACS
- (5) FOLLARI, Roberto (2003): “La moldura en el espejo: encrucijadas epistemológicas de las Ciencias de la Comunicación”. *Revista Trampas de la Comunicación y Cultura*, N° 16, agosto de 2003. Universidad Nacional de La Plata.
- (6) FOLLARI, Roberto (2007): “La formación imposible”. Ponencia presentada en las XI de Investigadores en Comunicación: Tramas de la comunicación en América Latina contemporánea. Tensiones sociales, políticas y económicas. 4, 5 y 6 de octubre de 2007, Mendoza.
- (7) FOLLARI, Roberto (2000): “Comunicología Latinoamericana: disciplina a la búsqueda de un objeto”. *Revista Fundamentos en Humanidades* N° 1, enero-junio de 2000, pág. 50-55. Universidad Nacional de San Luis.
- (8) FOLLARI, Roberto (2003): op. cit.
- (9) FOLLARI, Roberto (2007): op. cit.
- (10) Ídem.
- (11) Para que se entienda la diferencia, vamos a decir cómo caracterizamos al campo académico de la comunicación. Siguiendo los aportes de Maria Immacolata Vassallo de Lopes, por campo académico de la comunicación entendemos a un “conjunto de instituciones de educación superior destinadas al estudio y a la enseñanza de la comunicación, donde se produce la teoría, la investigación y la formación universitaria de los profesionales de la comunicación. Eso implica que en ese campo se pueden identificar varios subcampos: el científico, implicado en prácticas de producción de conocimiento: la investigación académica tiene la finalidad de producir conocimiento teórico y aplicado por medio de la construcción de objetos, metodologías y teorías; el educativo, que se define por prácticas de reproducción de ese conocimiento, es decir mediante la enseñanza universitaria de materias relacionadas con la comunicación; y el profesional, caracterizado por prácticas de aplicación del conocimiento y que promueve vínculos variados con el mercado de trabajo”. VASALLO de LOPES, M.I. (1999): “La investigación de la comunicación: cuestiones epistemológicas, teóricas y metodológicas. En: *Revista Diálogos de la Comunicación*, N° 56. Lima: FELAFACS.
- (12) SCHMUCLER, Héctor (1997): “Sobre los efectos de la comunicación”. En *Memoria de la Comunicación*. Buenos Aires: Biblos, pág. 115.
- (13) SCHMUCLER, Héctor (1997): “La investigación (1982): un proyecto de comunicación/cultura.” En: *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos. Pág. 145-151.
- (14) SCHMUCLER, Héctor (1997): “La investigación (1996): lo que va de ayer a hoy”. En: *Memorias...* op. cit. pág. 153.
- (15) Ídem. Pág. 154.
- (16) SCHMUCLER, Héctor (1997): “La investigación (1984)...” op. cit. Pág. 148.
- (17) SCHMUCLER, Héctor (2006): “Los estudios sobre comunicación: memoria y biografía.” En: *Revista Argentina de Comunicación*, Año 1, N° 1. FADECOS – Prometeo, pág. 87 – 94.
- (18) Idem.
- (19) CALETTI, Sergio (1991): op. cit.
- (20) PINEDA DE ALCÁZAR, Migdalia (2004): “La investigación de la comunicación en América Latina: cómo lo hacemos y hacia dónde vamos?” s/d.
- (21) MARTÍN BARBERO, Jesús (1991): “Pensar la sociedad desde la comunicación. Un lugar estratégico para el debate de la modernidad”. Ponencia en el Seminario sobre Comunicación y Ciencias Sociales, FELAFACS. Bogotá. En: FUENTES NAVARRO (1991): “Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América” Latina. Guadalajara: ITESO/Maestría en Comunicación, octubre de 1991.
- (22) FUENTES NAVARRO, Raúl (2002): “Comunicación, cultura, sociedad: fundamentos conceptuales de la postdisciplinariedad”. En: *Revista Trampas de la Comunicación y la Cultura*, año 1, N° 1 La Plata: UNLP.
- (23) MARTÍN BARBERO, Jesús (2001): “Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación”. Citado por FUENTES NAVARRO, R., ídem.
- (24) Ídem.

- (25) VASALLO de LOPES, M. I. y FUENTES NAVARRO, R.: op. cit. Citado por: BRONDANI, L. y LUNA M. (2006): op. cit.
- (26) SAINTOUT, Florencia –editora– (2003): *Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación, UNLP.
- (27) GRIMSON, Alejandro (2003): “Contra una epistemología de la comunicación”. En: *Revista Zíгурat*, Nº 4, noviembre de 2003. Buenos Aires.
- (28) FOLLARI, Roberto (2002): *Teorías débiles*. Rosario: Homo Sapiens, pág. 86.
- (29) FOLLARI, Roberto (2007): “La interdisciplina revisitada” En: *Andamios, Revista de investigación social*, Nº 7, diciembre de 2007 Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Consultado en: [<http://www.uacm.edu.mx/andamios/articulosactual/follari.html>]
- (30) Ídem.
- (31) PIAGET, Jean: La epistemología de las relaciones interdisciplinarias”, en APOSTEL, Leo y otros (1975): *Interdisciplinariedad*. Citado por FOLLARI, R. (2001): “Relevo de las ciencias sociales latinoamericanas. Estudios culturales, transdisciplinariedad y multidisciplinariedad”. *Revista Diálogos de la comunicación*, Nº 63. Lima: FELAFACS.
- (32) FOLLARI, Roberto (1980): *Interdisciplinariedad (Los avatares de la ideología)*. México: UAM, pág. 27
- (33) FOLLARI, R. (2001): “Relevo de las...” op. cit.
- (34) VÁZQUEZ, Rodolfo Ángel (s/d): “Neoliberalismo y crisis política”, s/d. Disponible en URL: [<http://utal.org/economia/neoliberalismo.htm>] consultado en abril de 2005.
- (35) Ídem.

Bibliografía

- CALETTI, Sergio (1991): “Profesiones, historia y taxonomías. Algunas discriminaciones necesarias”. En: *Revista Diálogos de la comunicación*, Nº 31, septiembre de 1991. Lima: FELAFACS.
- FOLLARI, Roberto (1980): *Interdisciplinariedad, (Los avatares de la ideología)*. México: UAM.
- FOLLARI, Roberto (2000): “Comunicología Latinoamericana: disciplina a la búsqueda de un objeto”. *Revista Fundamentos en Humanidades*, Nº 1, enero-junio de 2000, pág. 50-55. Universidad Nacional de San Luis.
- FOLLARI, Roberto (2001): “Relevo de las ciencias sociales latinoamericanas. Estudios culturales, transdisciplinariedad y multidisciplinariedad”. *Revista Diálogos de la comunicación*, Nº 63. Lima: FELAFACS.
- FOLLARI, Roberto (2002): *Teorías débiles*. Rosario: Homo Sapiens.
- FOLLARI, Roberto (2003): “La moldura en el espejo: encrucijadas epistemológicas de las Ciencias de la Comunicación”. En: *Revista Tram(p)as de la Comunicación y Cultura*, Nº 16, agosto de 2003. Universidad Nacional de La Plata.
- FOLLARI, Roberto (2007): “La interdisciplina revisitada”. En: *Andamios, Revista de investigación social*, Nº 7, diciembre de 2007 Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Consultado en: [<http://www.uacm.edu.mx/andamios/articulosactual/follari.html>].
- FOLLARI, Roberto (2007): “La formación imposible”. Ponencia presentada en las XI de Investigadores en Comunicación: Tramas de la comunicación en América Latina contemporánea. Tensiones sociales, políticas y económicas. 4, 5 y 6 de octubre de 2007, Mendoza.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1999): “La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI.” En: *Revista Diálogos de la comunicación*, Nº 56, octubre de 1999. Lima FELAFACS.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (2002): “Comunicación, cultura, sociedad: fundamentos conceptuales de la postdisciplinariedad”. En: *Revista Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura*, año 1, Nº 1 La Plata: UNLP.
- GRIMSON, Alejandro (2003): “Contra una epistemología de la comunicación”. En: *Revista Zíгурat*, Nº 4, Noviembre de 2003, Buenos Aires.
- MARTINO, L. C. (2001): “Elementos para una epistemología de la comunicación” en VASALLO DE LOPES, M. Immacolata y FUENTES NAVARRO, Raúl (comps.) *Comunicación, campo y objeto de estudio*. Guadalajara, México, ITESO.
- OROZCO GÓMEZ, Guillermo (1994): “Comunicadores hacia el año 2000: desafíos pedagógicos de su formación”. *Revista Diálogos de la Comunicación*. Lima: FELAFACS.
- SAINTOUT, Florencia –editora– (2003): *Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación, UNLP.
- SCHMUCLER, Héctor (1997): *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos.
- SCHMUCLER, Héctor (2006): “Los estudios sobre comunicación: memoria y biografía.” En: *Revista Argentina de Comunicación*, Año 1, Nº 1. FADECOS – Prometeo, pág. 87 – 94.
- VASALLO de LOPES, M. I. (1999): “La investigación de la comunicación: cuestiones epistemológicas, teóricas y metodológicas. En: *Revista Diálogos de la Comunicación*, Nº 56. Lima: FELAFACS.
- VÁZQUEZ, Rodolfo Ángel (s/d): “Neoliberalismo y crisis política” s/d Disponible en URL: [<http://utal.org/economia/neoliberalismo.htm>] consultado en abril de 2005.

NICOLÁS SARALE

Licenciado en Comunicación Social, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo. Cursando la Maestría de Estudios Latinoamericanos en esa institución. Becario del Centro de Investigaciones de la FCPyS, con el proyecto denominado “Historia de la enseñanza de los saberes comunicacionales en Mendoza”. Integrante del proyecto de Investigación avalado por SeCTyP – UNCuyo: “Los derechos humanos en la prensa argentina desde la perspectiva teórico-metodológica de la Intencionalidad Editorial (1976-2006)”. Docente adscripto a la cátedra “Seminario Optativo de Periodismo y derechos humanos. Observatorio de medios y producción periodística”.